

# PAUL ELUARD EN COMPOSTELA

Se dice en las historias de la literatura gallega más recientes, que fui yo con mi libro «Poemas do si e non», quien introdujo el surrealismo en la poesía en lengua gallega. Creo que lo que esto afirman, sólo aciertan en parte, porque me sería muy fácil el mostrar como es posible hallar en los poemas de Manuel Antonio y de Luis Pimentel el conocimiento, por ende la influencia, de los surrealistas franceses. Luis Pimentel leía «La Vie Immediate», de Paul Eluard y en la biblioteca de Manuel Antonio, el doctor García-Sabell va a encontrar a Aragón al lado de Eluard. Todavía, en los años en los que Manuel Antonio publica su «Manifiesto» (1923), en pro de una nueva poesía y de un nuevo arte, y por ende de una nueva Galicia que había de ser lograda por una infatigable y generosa mocedad, vivían los dos grandes poetas Noriega Varela y Ramón Cabanillas, pero ya el maestro Vicente Risco hacía ejercicios ultraístas —Manuel Antonio rechazará esta calificación— y Eugenio Montes, huyendo también del ultraísmo, practicaba un surrealismo sui generis, del cual nos ha quedado una muestra en su librito de poemas «Versos a tres cás o neto», que alborotó el oído poético gallego: un libro en el que, además, hay unos cuantos poemas de extraordinaria calidad. Pero lo cierto es que Manuel Antonio no hubiese escrito los poemas de su libro «De catro a catro» si no hubiese conocido a los surrealistas franceses, así como a Reverdy y Apollinaire, y Vicente Huidobro. El poeta lucense Luis Pimentel aparecía sorprendido por la versatilidad de Jean Cocteau, y me inculcaba, en lentos paseos por la alameda de mi ciudad natal, su devoción a la poesía de Jules Supervielle. Quiero decir que, en diversas etapas, éramos varios los poetas —cada uno por su lado y en su surco, Manuel Antonio y Pimentel, Amado Carballo y Outeiro Espasandín, Iglesia Alvariño y Carballo Calero, Bouza-Brey y servidor—, los que queríamos sacar a la poesía gallega de la «cocina» en la que la habían metido los poetas de comienzos de siglo, costumbristas, modernistas, simbolistas, saudosistas, diminutivistas, etc., de los cuales los

mas notorios eran los citados Noriega y Cabanillas. (Nuestro apetito de novedad, nos hizo, por ejemplo, minimizar incluso una poesía tan importante como la de «Do Ermo», de Noriega, poesía metafísica e influida por el que se estimaba entonces, frente a un Fernando Pessoa, el mayor poeta de Portugal, Teixeira de Pascoaes.)

Y de una manera o de otra, en e-e movimiento de cambio, a veces de cambio por el cambio, estaban los grandes nombres del surrealismo francés —como en otra dirección tomada por la poesía gallega de los años treinta estaba el descubrimiento de los antiguos cancioneros gallego-portugueses, que dio origen al llamado neotrovadorismo, del que Fermin Bouza-Brey, con una nueva alegría el que estas líneas escribe, quien, por otra parte, no vaciló en poner el decir surrealista en las cantigas de amor y de amigo de nuestra lírica de antaño. Pero, no creo que haya sido casualidad el que todos los poetas gallegos que van desde Manuel Antonio, nacido en 1900, hasta mi, nacido en 1911, hayamos preferido de todos los poetas surrealistas a Paul Eluard. ¿Qué tenía él que no tenían los otros? ¿Dónde estaba, o está todavía, el motivo misterioso, mágico, emocionante e imprevisto, de nuestra predilección? ¿Por qué tantas veces en «La rosa publique» hemos encontrado profundos motivos nuestros, de Manuel Antonio, de Pimentel, de Cunqueiro? Es decir, la misma soledad y fatiga, una partida hacia las quimeras, decir buenos días sonriendo en el medio del invierno y del insomnio, el deseo de dar sueño a los ausentes.

Por todo esto, la breve historia del surrealismo gallego esbozando, yo me atrevo a titular esta nota «Paul Eluard en Compostela». Porque algunas de las horas de más intensa emoción poética de mis días mozos, además, fueron las horas de lectura de Paul Eluard. Yo terminaba la lectura de «La rose publique», y salía al paseo de las rúas, indiferente al viento, desesperando de todo, de la vida, del amor, del olvido, del sueño, creyendo como el poeta que «mon nom mon ombre son des loups», preguntándome como él, «qué piensa un cristal que se rompe», deseando tener «la perfección silvestre» de algún fruto exótico. Los inviernos de Eluard eran los mismos inviernos de Pimentel, con los mismos escambros y los mismos niños muertos, y cuando Manuel Antonio va a decir las cosas esenciales, que son siem-



pre las de la inmensa soledad del nombre —Manuel Antonio añadia, además, la inmensa soledad del mar—, brotan en su boca las metáforas éluardianas: «Hoxe non cantas ti que canta a noites», y esa humildad de Eluard es la misma que nosotros hemos llevado a nuestros poemas. Y cualquiera de nosotros ha podido decir «Bon jour, tristesse!», con la misma sensación y veracidad que un Jacopone da Todi dijo aquel otro verso, al de Eluard comparable, «Povertade, poverella!».

Me estoy viendo en Compostela, mozo de veinte años, por la rua do Vilar, yendo a tomar una taza de vino con Carballo Calero, y diciéndome a media voz, no se me fuese a olvidar, un trozo de un poema de Eluard con que sorprenderlo, —a él mucho más leído que yo, y llamado a altos menesteres profesionales. Traducía al gallego

unha cantiga de porcelana aplaude logo en anacos mendiga e morre...

¿No es éste un retrato de la poesía? Algo así fue todo, el poco, surrealismo gallego, que quizá yo haya llevado a mis «Poemas do si e non» en su hora final entre nosotros. Iba la poesía gallega a entrar en horas de silencio, y cuando despertó de ellas, corrían otros aires.

ALVARO CUNQUEIRO

LITERATURA